

Entrevista a Angelina Muñiz-Huberman



La literatura del exilio ha sido un canal privilegiado de diálogo entre las dos orillas del Atlántico, por haber sabido construir espacios de identificación y expresión que incorporan las dos dimensiones territoriales y las superan al mismo tiempo. Angelina Muñiz-Huberman, exponente de punta de la diáspora española en México, nos ofrece algunas reflexiones vinculadas a estos temas.

Puente @ Europa (P@E): ¿Qué hay de particular en la relación entre México y España en el período de entreguerras como para haber dado lugar a tanta producción literaria, poética y filosófica? ¿Cómo se explica la exuberancia de la obra literaria de los escritores “hispanomexicanos”?

La Guerra Civil Española (1936-1939) fue el antecedente de la Segunda Guerra Mundial. Ante la derrota de la República Española por las fuerzas del fascismo encabezado por Francisco Franco y apoyado por Hitler y Mussolini, comienza el éxodo de los españoles republicanos. México ocupa un papel preponderante al enviar barcos para recoger a los exiliados, recibirlos y proporcionarles fuentes de trabajo. Una gran parte de estos exiliados pertenecían al campo intelectual,

educativo, profesional, artístico y científico, aunque otra parte también comprendía elementos del mundo laboral. De este modo, la sociedad mexicana se enriqueció por el aporte de una presencia productiva altamente calificada.

Se trató de una situación especial sin paralelo en la historia mundial de los exilios. La gran cantidad de profesionales que arribó a México elevó el nivel educativo, científico y humanístico de la población, ya que no se trataba de una inmigración de carácter económico, sino político, y sus elementos eran personas de educación media y alta. Había rectores de universidades, juristas famosos, filósofos reconocidos, políticos, médicos, abogados, arquitectos, ingenieros, químicos, investigadores científicos, pintores, escritores, poetas, editores, músicos, compositores, cineastas, actores, entre otros.

Una inmigración de ese tipo, que no le ha costado económicamente al país receptor pues trae su propio dinero proveniente de los fondos de la República, y que está dispuesta, desde el primer día, a seguir con sus trabajos e investigaciones, desarrolla de inmediato unas jóvenes generaciones dispuestas a absorber con avidez las enseñanzas y técnicas más modernas importadas de Europa. Una vez declarada la Segunda Guerra, México no queda tan aislado de Europa por este, llamémosle trasplante vital, que permite estar a la cabeza de los conocimientos universales. La industria editorial recibe un gran empuje por parte de los exiliados que escriben obras originales, traducen libros fundamentales y difunden la cultura.

El caso de los exiliados que han llegado al nuevo país, el hecho de estar desgarrados de su lugar de origen se convierte en un acicate para ofrecer lo mejor de sí mismos y destacar en una sociedad que, de todos modos, los ve como extraños y los coloca en la otredad. Su proceso de aclimatación no deja de ser difícil y doloroso.

En el caso del exilio español de 1939 a México contó con la peculiar circunstancia de transmitir sus características a la generación más joven, adolescente o niña aún en muchos casos, por medio de los colegios españoles que se fundaron a su llegada. Dichos colegios, cuyos maestros pertenecían también al exilio, transmitieron la educación europea aunada a la mexicana, a sus discípulos. Esta joven generación es la que ha sido llamada “hispanomexicana”.

Sus integrantes ocupan actualmente lugares destacados en todos los campos profesionales. Sin embargo, dentro de la literatura se enfrentan a un problema insoluble: su falta de una identidad definida. El hecho de que sean llamados “hispanomexicanos” lo prueba. Para el mundo literario mexicano, ellos siguen siendo españoles, y para el mundo literario español son totalmente desconocidos y, en el caso de que fueran reconocidos, se los consideraría mexicanos. Es por eso que no hay solución al problema: la otredad se manifiesta en su apogeo. Su única defensa es la de aceptar que su país es uno especial que recibe el nombre de “Exilio”, y que corresponde a una nueva nacionalidad abstracta sin territorio, como he expuesto en el *Canto del peregrino: hacia una poética del exilio*. De ahí la necesidad de seguir escribiendo para entender.

P@E: En cierto punto de su ensayo usted dice: “El exiliado se sabe sobreviviente y como tal debe cumplir con ciertas obligaciones: una de ellas es recoger y transmitir su tradición, su historia, y otra es dejar huella de su paso”. ¿Se puede hablar de una tradición común transmitida por los exiliados de la guerra en España (o, como en su caso, por sus hijos) en México o se trata siempre de una tradición que cada uno recrea por cuenta propia y que se expresa, sobre todo, en la obra poética personal?

El exilio español de 1939 fue un exilio masivo: alrededor de 14.000 refugiados llegaron a México y varios miles más a Cuba, la República Dominicana, Venezuela, Chile, Argentina, sin contar los que permanecieron en Europa. Por lo tanto, tuvieron la oportunidad de congregarse en asociaciones creadas por ellos y de participar en actividades comunes. De este modo, se conservaron las tradiciones e ideales propios pensando que la República Española sería reinstaurada al fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando las dictaduras fascistas fueran derrotadas. Mas esto no ocurrió en cuanto al franquismo, cuya dictadura sólo terminó con la muerte de su caudillo en 1975.

Este hecho, combinado con el aislamiento y la marginación que caracteriza a todo exilio en el seno del país al que arriba, conduce a una preservación general de valores originales. Dentro del campo no sólo poético sino artístico en general, fue frecuente un cambio de estética que se adaptara a las nuevas exigencias de una vida excéntrica. Eso es lo que llamo la “poética del exilio”: esa necesidad de afirmar la personalidad y su manifestación artística por medio de una obra creativa exclusiva y excluyente. Una obra transgresora y sin fronteras, con nuevos principios que se enfrenten, paradójicamente, a la tradición. Es decir, dos fuerzas, centrípeta y centrífuga, tratando de encontrar un equilibrio.

P@E: En la lucidez que permitía el exilio, ¿cómo se percibía la Europa terrible de los años treinta y cuarenta? Según sus investigaciones y, quizá, los testimonios recogidos, ¿cuáles eran los peores males que se identificaban: el liberalismo materialista de la producción de masa o el autoritarismo y totalitarismo de los regímenes políticos? ¿Cuál se pensaba que podría (debería) ser la ayuda que desde América Latina podía llegar?

Los graves conflictos europeos de las décadas del ‘30 y del ‘40 vistos desde la óptica latinoamericana podrían parecer como algo lejano. La globalización no existía entonces y aunque los sucesos históricos se reflejasen en la economía, la política, el arte y la ciencia, los problemas internos de cada país americano eran suficientes para absorber su atención. Es difícil saber hasta qué grado se pensaría en el tipo de ayuda que podría ofrecerse a esa Europa tan maltratada. En este sentido, la excepción fueron los Estados Unidos de Norteamérica al tomar parte activa y decisiva en las dos guerras mundiales.

En cuanto a los exiliados, su posición se inclinaba a identificarse con los hechos que sucedían en Europa, especialmente durante la Segunda Guerra, con lo cual también se alejaban de los problemas locales del país en el que habitaban. Por ejemplo, un poeta español exiliado, León Felipe, estaba más inclinado a escribir un poema sobre la muerte de un niño judío en Auschwitz que sobre la pobreza en México. Mientras que un poeta mexicano, por ejemplo, López Velarde, se preocupaba por la realidad mexicana y su cercanía con los Estados Unidos. Así, el poeta exiliado alcanza el universalismo y rechaza el nacionalismo.

Una característica más del exiliado es el desarrollo de una crítica analítica, puesto que su experiencia lo coloca en una posición de mayor claridad y juicio ante los hechos históricos. Diríamos que su desengaño lo convierte en un mejor juez aunque provoque dolor con sus verdades o sea calificado de cínico. Entonces, es capaz de señalar cualidades y defectos en las diferentes posiciones políticas, como el liberalismo materialista o los autoritarismos y totalitarismos, y no aliarse con ninguna de ellas. De nuevo, elige el aislamiento y denuncia el gregarismo. No hay que olvidar que el exiliado es un lobo estepario.

P@E: ¿Es posible arriesgar un paralelo entre las historias (y las dinámicas) de los exiliados de la República Española en México y aquellos de las dictaduras latinoamericanas en Europa en los años setenta? ¿Qué une y qué separa ambas experiencias?

A grandes rasgos podríamos insistir en las características generales de todo exilio, incluso pensando en épocas tan antiguas como el éxodo bíblico, los exilios contra poetas como Ovidio, Dante y tantos más a lo largo de la historia de la humanidad. Y, sin embargo, hay especificaciones interesantes. Ciertos países parecen predestinados a ser receptores de exilios: México inauguró el de los españoles republicanos en 1939, pero a partir de las sucesivas dictaduras militares latinoamericanas, sobre todo en la década de 1970, empezaron a afluir exiliados argentinos, chilenos, brasileños, guatemaltecos, cubanos al territorio mexicano. Supongo que ayudó la relativa cercanía, el idioma y la idiosincrasia. En cambio, Argentina, Paraguay, Brasil, Chile y otros países bajo regímenes autoritarios acogieron a nazis que escapaban de los juicios pendientes contra ellos en Europa.

Regresando a los exiliados de las dictaduras latinoamericanas, esta vez tocó el turno a España como centro elegido para su refugio, por las mismas circunstancias mencionadas arriba. No conozco las cifras, pero considero que la emigración latinoamericana fue menor a Europa. Muchos de estos exiliados políticos pudieron seguir adelante con sus profesiones o se adaptaron a otras nuevas. El puente es de ida y vuelta. Como afirmo en otro de mis libros, *El siglo del desencanto*, si algo caracterizó al siglo XX fue la proliferación de exilios: “El exilio es la acumulación de la sabiduría, de los desdenes y de los sinsabores. Es la conciencia de nuestra época: el debatir de la ética regidora”.